

peruano. Efectivamente, el presidente Belaúnde Terry ha elegido un modelo económico altamente dependiente de los Estados Unidos y de los mercados financieros internacionales.

Los dos artículos restantes analizan problemas afines; el primero de ellos —Gorman es nuevamente el autor— nos conduce a las raíces intelectuales de la revolución. En el segundo, Víctor Villanueva expone algunas características de la “profesionalización” de los cuadros militares, y explica los errores en que incurrieron dichos cuadros estando ya en el poder, lo que nos permite ver con mayor amplitud el fracaso del régimen militar peruano.

Los artículos compilados por Gorman son un material de alto valor para acercarnos a la realidad peruana actual. El afán crítico y la objetividad son dos buenas garantías de que nos encontramos ante un libro que nos llevará a desentrañar la compleja problemática latinoamericana.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA
El Colegio de México

FRIEDRICH KATZ, *The Secret War in Mexico: Europe, The United States and the Mexican Revolution*. Chicago, Illinois: The University of Chicago Press, c1981. xii + 659 pp.

Con este libro Friedrich Katz —agudo conocedor de la historia de México y actualmente profesor de Historia Latinoamericana en la Universidad de Chicago— alejándose de una cierta tradición en el estudio del tema, que consistía en reducir las relaciones de México con el mundo a sus relaciones bilaterales con los Estados Unidos, abre nuevas perspectivas del problema al situar a la revolución mexicana dentro del contexto más general de la lucha por el poder entre las grandes potencias durante el segundo decenio del presente siglo.

A fin de llevar a buen término el ambicioso proyecto de integrar una historia no sólo diplomática sino también social de la revolución de 1910, el autor se vale de la narración histórica como hilo conductor de un riguroso análisis que se elabora en tres planos principales: El primero representado por la revolución entendida como un proceso interno, es decir con la lógica y una causalidad propias; el segundo integrado por los intereses y las políticas de las grandes potencias entre sí y con respecto al acontecer mexicano; y el tercero constituido por el conflicto de intereses en el interior de cada una de las potencias en la formulación y consecución de objetivos de política exterior.

A lo largo del libro estos tres planos se afectan, relacionan y condicionan continuamente entre sí presentando una visión totalizadora de la revolución mexicana dentro de un mundo, que en aquel momento dejaba atrás el periodo clásico del imperialismo para entrar a una nueva fase de la lucha por el poder, donde la diplomacia, el espionaje, el sabotaje, en una palabra: la guerra secreta habría de desempeñar un papel determinante.

La revolución de Madero —como bien señala Katz— tomó a todos por sorpresa. Díaz, el todopoderoso, había caído y lo importante en aquel momento era para algunos, como fue el caso de Francia y de Inglaterra, preservar

un cierto sistema de privilegios; mientras que para otros, como por ejemplo para las compañías petroleras norteamericanas y para el *Deutsch-Sudamerikanische Bank*, la coyuntura aparecía como propicia para obtener posiciones más ventajosas.

Una vez asimilados los acontecimientos, la opinión generalizada, tanto entre las grandes potencias como entre los grandes intereses financieros, fue la de que el movimiento maderista no era sino un golpe de los ya clásicos en Latinoamérica, exento de cualquier tipo de transformación social importante. No obstante, ya para 1912, las potencias involucradas viendo como Madero había desencadenado un conjunto de fuerzas incapaz de ser controlado, coinciden —por única vez durante el periodo— en la necesidad de derribar al nuevo gobierno. A partir de ese momento, la guerra estalla en todos los niveles: Huerta cataliza y radicaliza los acontecimientos en la esfera interna, mientras que por su parte Europa y los Estados Unidos se enfrascan en un grave conflicto en relación a la situación mexicana. Europa en general veía en la dictadura de Huerta la única posibilidad de aplastar la revolución social y así mantener y en dado caso ampliar su influencia en el país. El presidente Wilson en cambio, tras algunos titubeos iniciales, habría de intentar utilizar la revolución para hacer de México un país modelo dentro del mundo subdesarrollado; Wilson soñaba con un México que siguiese los valores de Occidente, un México fundado sobre dos pilares: la democracia y la libre empresa.

Al iniciarse la Primera Guerra Mundial, las potencias europeas se ven obligadas a revalorar posiciones y estrategias. Lo esencial era la confrontación europea y correlativamente la necesidad de evitar a toda costa un enfrentamiento directo con los Estados Unidos y en el mejor de los casos atraer sus simpatías. Por otra parte, es también durante este lapso cuando los países europeos, inmersos en un complicado e intenso juego de rivalidades, adoptan una nueva postura frente a los movimientos tanto revolucionarios como de liberación nacional que por aquel entonces proliferaban en todo el mundo. La nueva postura habría de consistir en utilizar dichos movimientos para aumentar o consolidar su poder frente al resto de las potencias en pugna. De este modo, países antes alejados del centro del conflicto europeo se incorporan a él, estableciéndose una doble relación en la cual, por una parte, las potencias buscarían capitalizar las luchas internas de aquellos pueblos en provecho propio y éstos a su vez intentarían servirse de la rivalidad entre los poderosos para alcanzar sus objetivos nacionales. Justamente dentro de esta nueva mecánica, la revolución mexicana habría de convertirse en importante escenario de la guerra secreta entre tres actores fundamentales: Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania.

La política de Inglaterra frente a la revolución mexicana, formulada desde una óptica marcadamente racista, apoyó de manera consistente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Su mayor influencia se registró en los años 1912 y 1913 cuando el ministro de Relaciones británico, sir Lionel Carden, estableciendo estrechos lazos con Victoriano Huerta lo incita a resistir la presión norteamericana y a permanecer en su cargo. Carden, a decir del ministro alemán Paul Von Hintze —quizá el agente diplomático más inteligente y mejor informado en el México de entonces— era casi patológicamente antiestadounidense. Su actividad representaba a ciertos sectores del gobierno inglés, pero sobre todo a los grupos británicos con intereses económicos en México,

quienes veían en los Estados Unidos mucho más que en Alemania a su principal enemigo. Una vez iniciada la Primera Guerra, sin embargo, Inglaterra adopta una postura más moderada. Sigue librando su guerra en tres frentes: Estados Unidos, Alemania y los revolucionarios mexicanos, pero su influencia decrece considerablemente.

Alemania, por su parte, vio en México, al contrario de Inglaterra y sobre todo durante los años de la Gran Guerra, más un instrumento de sus fines de política exterior global que un objetivo en sí mismo. Ello explica muchas de las contradicciones de su política hacia México, dado que ésta se hallaba condicionada por las cambiantes relaciones de poder dentro de las cuales estuvo inscrita la Alemania del Kaiser durante los cuatro años de la conflagración mundial. Una vez terminada ésta, la política germana cambia significativamente y se dirige a intentar hacer de México un protectorado alemán. Como bien señala Katz, esta línea, carente de todo realismo, no podía menos que fracasar.

De las presencias extranjeras en México fueron sin duda los Estados Unidos los que mayormente influyeron en el curso de la revolución. La política norteamericana apoyó a todas las facciones que en distintos momentos de la lucha resultaban victoriosas. Esto llevó a una actitud marcadamente contradictoria, que no obstante, fue decisiva sobre todo en 1914-1915 para el triunfo final de Carranza. De 1916 a 1918 el gobierno de Wilson persiguió dos objetivos básicos con respecto a su vecino sur: mantener a México quieto y proteger los intereses norteamericanos, para lo cual se emplearon tanto las sanciones económicas como la amenaza de intervención armada.

Trazadas estas líneas generales, Katz describe y analiza otras fuerzas, que colocadas detrás de la fachada, ayudan a comprender el fenómeno en su conjunto. Así, trata los conflictos entre los grandes intereses financieros, comerciales, petroleros; los objetivos militares, las consideraciones de política, todos ellos elementos decisivos en las posiciones asumidas por las grandes potencias frente a la revolución mexicana.

A pesar de ser, como ya decíamos, una obra con intenciones totalizadoras, para lo cual el autor recurre a los archivos de nueve países, en realidad, dado que constituye el esfuerzo de revisión y ampliación de un trabajo previo: *Deutschland, Díaz und die mexicanische Revolution*, buena parte de la obra, y quizá la más acabada, se centra en la relación de Alemania con México durante el periodo. A este respecto, el libro presenta a la política alemana en torno a la revolución mexicana como producto de numerosas relaciones conflictivas tanto en el ámbito interno como en el externo. En el plano internacional la preocupación fundamental era, por una parte el balance de poder en Europa y por otra, la contradictoria relación con los Estados Unidos. Por un lado, Alemania buscaba mantener a ese país lejos del teatro europeo intentando provocar por todos los medios la intervención norteamericana en México, pero por otro, no podía permitirse la confrontación abierta con el gobierno de Wilson. En la esfera interna la pugna básica se dio entre los grandes intereses económicos —banqueros, industriales y comerciantes— que ante todo deseaban un México estable que ofreciese garantías y posibilidades de ampliar ganancias, y las diversas agencias militares y políticas que intentaban subordinar la actitud hacia México a los objetivos políticos y estratégicos globales de Alemania.

En general, y a pesar de las variaciones tácticas, los diplomáticos alemanes realizaron un esfuerzo permanente por utilizar a México para atar a los Estados Unidos al continente americano. En este contexto, el telegrama Zimmerman no representa para Katz una aberración de la diplomacia alemana, sino tan sólo una manifestación de su lógica y fines. En suma, puede decirse que la política de Alemania frente a México, a pesar de estar supuestamente basada —como dice Katz— en la más fría y calculadora *realpolitik*, fue muy poco realista y por ello su influencia fue mucho más escandalosa que efectiva.

El libro también considera aunque de modo marginal, la intervención de Francia y de Japón en los asuntos mexicanos, señalando bien cómo su importancia frente a la de Estados Unidos y en menor medida la de Inglaterra y Alemania fue muy relativa.

En cuanto al proceso revolucionario en el ámbito interno, Katz elabora a partir de sus admirables consideraciones iniciales en torno a las causas de la unicidad del fenómeno mexicano, un completo y complejo panorama del problema, donde lo económico se articula con lo social dentro del marco de lo político. La revolución es vista como un conjunto de revoluciones distintas que culmina con el triunfo de la constitucionalista, misma que encuentra su fuerza motriz en grupos de la clase media en acelerado ascenso.

En la última parte de las cinco que componen el libro, todos los planos se imbrican delineándose claramente el panorama que resulta de los diez años de la intensa confrontación y conflicto. México, que había sido visto como instrumento por las grandes potencias, logra a final de cuentas anotarse tres éxitos claves: evitar la intervención militar masiva de los Estados Unidos, el sabotaje alemán y mantener su neutralidad de 1914 a 1918; con lo cual, invirtiendo los papeles, capitaliza a su vez las rivalidades entre las potencias y consigue así salvaguardar su independencia nacional. Sin embargo, y a pesar de este triunfo relativo de México sobre Europa, el ganador neto es Estados Unidos, quien gracias al debilitamiento de los países europeos emerge de la guerra con un poder del que nunca antes había gozado.

La obra de Friedrich Katz presenta pues, un panorama pluridimensional, rico en datos e interpretaciones que descansa sobre toda una manera de comprender la historia. Así por debajo de las intrigas de Hintze, de Cowdray, de los intereses de Pearson, de las políticas de Carranza, de Wilson y de sir Edward Grey, encontramos una visión del hombre como ser racional que proyecta su acción en función de los fines que persigue y una visión de la historia como un todo en movimiento que se articula y explica en virtud de una lógica, de una cierta razón propia. Podremos tal vez no estar de acuerdo, pero restarle por ello mérito resulta imposible.

The Secret War in Mexico presentará quizá ciertas carencias en el tratamiento de relaciones o aspectos particulares del tema pero puede decirse que incluso para aquellos que encuentran criticables algunas de las conclusiones generales del trabajo, la obra en su conjunto, tanto por la abundancia y calidad de sus fuentes, así como por su interesante y complicada estructura interna, proporciona valiosísimas aportaciones para el estudio del tema.